

Semblanza del barrio Mercado Viejo. Parte I

Feli Alonso Curiel

Los recuerdos no compartidos son pellas de barro.
Si se comparten, otros se reconocen en ellos.
Seamos "alfareros" con nuestras palabras.

El verano pasado pasé unos días en Peñafiel. Comprobé que no era la única en querer rescatar del olvido fotografías pasadas de mis ascendientes. También me satisfizo encontrarme con varias personas que sentían un orgullo y un gran sentido de pertenencia de haber nacido y pasado su niñez en el barrio del Mercado Viejo. ¡Es del barrio! me decía Jesús Solís Calderón. Era una manera sutil de crear en nuestro ánimo un humus que nos trasladase al pasado y crear lazos de complicidad; ser de Peñafiel y además del Mercado. Esta actitud la comprobé con varias personas que superaban los sesenta años. Desconozco si ese sentido de barrio existe ahora. Ese síndrome de pertenencia a una parcela de Peñafiel no debió de ser exclusivo de las gentes del Mercado porque, tal como reconoció mi amigo A. Alonso Ortega, su infancia la vivió muy apegada a las calles colindantes a su casa familiar, por la carretera de Aranda. "Pocas veces fui a tu barrio siendo niño", me dijo. Cierto. Los otros barrios eran visitados esporádicamente; entre otras razones porque según nuestro canon de medir distancias, ir de un barrio a otro era hacer recorridos maratónicos. Para alguien del Mercado, llegar hasta el Corro era la moneda que había que pagar en S. Roque. El Salvador era el barrio que cruzábamos el día de Todos los Santos para llegar al cementerio y el Domingo de Resurrección para ver la bajada del Ángel. Más familiar se nos hacía la calle Derecha, al menos hasta el Instituto, como así llamábamos al Centro Médico, porque era raro el invierno que no nos tocaba enseñar las nalgas al practicante. Llegar hasta S. Pablo era obligatorio los domingos a las 4 de la tarde para recibir la Doctrina, que no era otra cosa que un aprendizaje a machamartillo de conceptos dogmáticos que no entendíamos. El Padre Justino, hoy secularizado, hacía su presencia entre la chavalería. Un manojo de llaves grandes, tintineaban en el cinto de cuero de su hábito que nos hacían pensar en cuántas

llaves tendría S. Pedro. Salvo estas escapadas obligadas, lo que vivíamos a diario, transcurría en el barrio, en nuestro arrabal del Mercado Viejo. Y sospecho que ese sentimiento de haber sido arrabal durante varios siglos es lo que ha desarrollado en sus convecinos un sello de identidad.



La plaza del Mercado, a principios del siglo XX

Lo que nació como un ar-rabad, palabra árabe, por cierto, y que define "un barrio fuera del recinto de la población a que pertenece" (R.A.E) es, desde hace unas décadas, la zona por donde Peñafiel se estira y crece como un "adolescente milenario". Es imposible hacer gestiones a diario sin visitar el barrio. Nada que ver con lo que fue hasta hace apenas 60 años. Os invito a hacer un viaje en el tiempo y en el espacio desde La Leona hasta el Cristo.

Hay pocas fotografías antiguas sobre el Mercado. Varias del convento de S. Francisco, tanto del claustro como de su espadaña; la Glorieta a principios de siglo con sus casas de soportales y alguna foto de las Claras.

Cuento con la memoria casi centenaria de mi madre que recuerda anécdotas de principios de siglo, e incluso antes, porque es capaz de remontarse a su abuelo Manuel Herrero, panadero de la Glorieta a finales del siglo XIX. Y cuento, por supuesto, con libros publicados sobre Peñafiel o sobre Castilla. Empezamos, pues.

¿Qué podemos saber de esta zona extramuros de Peñafiel en el siglo XIV?. El nombre proviene de un mercado dominical donde se exponían los productos no vendidos el jueves de esa misma semana, intramuros de la villa. Contamos con el convento de S. Francisco donde, según algunos historiadores, fue enterrado el infante D. Manuel, fallecido en Peñafiel en la Navidad de 1284, dejando a su hijo Juan, nuestro ilustre Infante, con dos años de edad. En la Crónica real de Alfonso XI se escribe que D. Juan Manuel asistía con frecuencia a los oficios religiosos de este convento franciscano como penitencia por haber apuñalado al joven hidalgo Velaste dentro del templo. Así era nuestro ínclito Infante: reflexivo escribiendo e iracundo si su orgullo quedaba zaherido. Los franciscanos dedicarían su jornada entre oficios religiosos, cuidado de la huerta, litigios con los dominicos por el control de las rentas y bienes inmuebles y una pastoral popular. Las órdenes franciscanas y dominicas supusieron un giro copernicano en la vida consagrada. No aislados del mundo, como los cistercienses, sino en medio de él. Ambas Órdenes despertaron suspicacias en las otras iglesias de Peñafiel porque conllevaba repartir el mercadeo de lo sagrado.



La plaza del Mercado hacia 1960

Es casi seguro que donde se levantó el convento de Clarisas en 1607, fundado por D^a Isabel de la Cueva, se ubicase el cementerio judío de la aljama de Peñafiel. Cuatro siglos de presencia hebrea son muchos años para no contar con la propiedad de un cementerio donde enterrar a tantas generaciones de "hijos de Raquel". En la cultura actual hebrea el cementerio judío de Peñafiel es conocido porque allí se enterraron Josep Chikatilla

del siglo XIII y el gran Gaón de Castilla Campaton del siglo XV que, a la edad de 103 quiso venir a Peñafiel a ser enterrado junto a su maestro. Ambos son referencia intelectual en los estudios sefarditas actuales. Dos eran las condiciones para inhumar los cadáveres: que fuera tierra virgen, es decir, que nunca hubiera sido cultivada y que estuviera cerca del caudal fluvial. Era obligado sociológicamente que el lugar santo estuviese cerca de su judería para evitar, lo máximo posible, cruzar rúas cristianas. ¿Existió un puentecillo de madera que permitiese salvar el río Duratón? Lanzo esa hipótesis. Lo más seguro es que pasaran, sin poder evitarlo, calle cuesta arriba y calle cuesta abajo hasta dejar atrás el recinto amurallado de la villa.

En 1492, el obispo Cabrera, descendiente de conversos judíos, ejecutó oficialmente la expulsión en Peñafiel. Sinagogas, cementerios quedaban vulnerables a la voluntad del rey o del Señor de turno. En muchos sitios, por ejemplo Ávila, el cementerio judío se donó a una congregación religiosa para levantar un nuevo convento. En el caso abulense, el de la Encarnación. Las lápidas se usaron como mampostería para levantar muros. No sería aventurado trasladar ese caso a Peñafiel, puesto que los Girón eran Señores de la villa desde el reinado de Enrique IV y un siglo más tarde, Pedro Téllez de Girón, elige este terreno para que su esposa funde el convento de la Encarnación, trayendo clarisas desde un convento palentino.

Un edificio del siglo XVI perdura todavía en la Glorieta, aunque en un estado calamitoso. Hasta hace pocas décadas una placa clavada en su fachada hacía referencia a su pasada función social. Era un hospital para menesterosos y mendigos transeúntes. Más que hospital era un cobijo para los sintecho. Su benefactor fue el capitán Rojas del siglo XVI, enterrado en S. Pablo. El desmochado edificio se encuentra en la parte alta de la Glorieta, contigua a una casa de factura nueva de ladrillos rojos con vanos sin cerrar.

Poco más sería nuestro barrio. Estos edificios mencionados y algún que otro caserío desperdigado cuyos moradores mirarían atónitos cuando las tropas del rey Alfonso XI intentaron apresar al Infante D. Juan Manuel cerca del convento.

Una de las normativas que impuso el concejo es que las cantarerías o alfarerías se ubicaran extramuros de la villa, para que el humo intenso de sus hornos cocinando el barro no afectase a la salubridad del casco urbano, más densamente habitado. Esta medida es antiquísima. El barrio alfarero de Pintia se encontraba al otro lado del Duero, en la actual Pesquera, mientras que la población se concentraba en la otra margen del río, cercana a la actual Padilla.

Así fue como ese espacio que iba desde el puente hacia el oeste de la villa de Peñafiel se la fue conociendo como la calle de la Cantarería o Alfarería por el número de obradores en funcionamiento. Las fachadas de las casas daban al sur para así poder extender su producción alfarera a lo largo del paño de su fachada. Este dato se constata en las alfarerías de familias como los Gorines que, con el tiempo, cambiaron de oficio e instalaron una sierra, la de los Garrachos; la familia Morrín; la familia Calderón en la calle Calvario; la familia Curiel, frente al convento. El agua que necesita el barro no exige mucha calidad por lo que se utilizaba agua del pozo. Cada alfarería contaba con su pozo artesano en su corral. Este agua era inservible para los panaderos de la zona porque quebraba la cocción del pan, elaborando unas piezas durísimas.



Dámaso Calderón y su familia

El agua de beber se acarrea desde el río a lomos de asnos o mulas. La albarda sujeta con la cincha y por encima las aguaderas con cuatro sitios



para colocar los cántaros. Más un cántaro apoyado a la cadera y otro asido de la mano de la persona que realizaba este quehacer doméstico.

A ambos lados de la carretera, dos zanjas traían agua cuando arreciaba las tormentas o en el deshielo invernal. Siempre se procuraba mantener limpias esas zanjas porque más de una vez las cunetas se desbordaron e inundaron los bajos de las viviendas. Para cruzar la calle-carretera unas lajas de piedra hacían de puentecillos. ¿De dónde procedían estas aguas? Una de ellas, la de la izquierda mirando al castillo, desde Padilla; la otra, de Langayo. Corrían paralelas hasta llegar a descargar en el Duratón. En ocasiones se vaciaban orinales en las aguas de estos arroyuelos temporales e incluso servían para echar "unas aguas" a los pañales infantiles.

En 1836, con la desamortización de Mendizabal, los franciscanos son desalojados y se pone a subasta pública el edificio y las propiedades de la congregación. El convento, en un momento dado, se pretende transformar en una destilería de bebidas alcohólicas. El proyecto no se llevó a cabo. La estructura se desmocha ante la indiferencia de sus sucesivos propietarios hasta que uno de ellos

decide que sirva de cantera para nuevos edificios de la villa. Parte de sus piedras permitió la reconstrucción del puente tras la avenida que sufrió en 1863. Las consecuencias fueron el agravamiento de sus elementos soportantes quedando inhiesta la espadaña hasta finales de los años 20 del siglo pasado. Cayó en silencio una noche de verano sin que sus vecinos más próximos se percatasen. Ni la familia de los Mundacos, Eustaquio Ruiz y Gregoria Sardón, que dormían en la casa que apoyaba sus paredes en los muros del edificio, ni la familia de enfrente, los alfareros y panaderos Federico Curiel y Anastasia Herrero, oyeron el estruendo de las piedras topando contra el suelo. Una polvareda posada en el suelo, a modo de granizada, hizo creer al tío Ferique, el cacharrero, que había nevado en verano. Su sorpresa se trocó en tristeza al ver que la vieja espadaña se había cansado de aguantar "el timón" del convento. La calle Cantería se sintió más desangelada. Porque dejar atrás con la vista la espadaña de S. Francisco era abandonar Peñafiel. El convento y la vivienda de los Mundacos con su huerta esmeradamente cuidada, y la panadería y alfarería de los Confitos eran las últimas casas del pueblo. Muchas veces la casa de mis abuelos sirvió como área de descanso para gente que venía desde los pueblos cercanos, bien andando o bien a lomos de un cansino pollino, y necesitaba recuperarse de la crudeza de la helada o del sol de justicia.



Salida de misa de la ermita del Cristo (archivo personal de la autora)

La construcción de la ermita del Cristo en 1863 levantada con donaciones populares alargó un poco más el pueblo. La piedad y la penuria llevaban a implorar ayuda a los santos que peanaron allí. El Humilladero miraba de frente al castillo sin amilanarse aun sabiéndose humilde. La ermita

recibía y despedía a los viandantes e impartía sus bendiciones de manera gratuita. Gratuidad que no ejercía la caseta del fiolato que, enfrente al inicio de la carretera a Cuéllar, obligaba a pagar unos céntimos por sólo el hecho de comprar en Peñafiel, si eras forastero. Pero ya dice el refrán que "casa con muchas puertas es difícil de guardar" por lo que quien llegaba a Peñafiel por esas carreteras utilizaba la artimaña de acercarse hasta el centro de la villa a través del ferial al arropo de las tapias traseras del convento. Esta



La familia de la autora en 1969, frente al Linares

caseta ha permanecido en pie, aunque sin uso, hasta los años 60. Pues bien, aquella explanada enorme del ferial donde se edificó años más tarde la escuela y algunas décadas después el Instituto de 2ª enseñanza, era una explanada vacía. Las tapias del convento y las casas de la Guardia Civil enmarcaban el recinto desamueblado. Sólo dos veces al año aquel inmenso solar, Feria de mayo y Feria de noviembre, S. Eugenio, tratantes, chalanes se instalaban para vender o comprar ganado. El silencio, dueño del lugar durante casi todo el año, huía para dejar empoderarse al griterío de gentes forasteras, relinchar de caballos, mulos y bueyes. Todo era color, olor y trajín comercial. Viandas que cocinaban mujeres en los chiringuitos improvisados con cuatro palitroques y una lona; vinos, jarros, taburetes y mesas rústicas para degustar los platos de bacalao que eran cocinados despidiendo olores más intensos que los de los fogones del barrio. Cuentan que más de una mujer del barrio se acercaba para intentar detectar el secreto bien guardado del arte del guisado de aquellas cocineras

foráneas. Aquellos olores culinarios, de paso, servirían para "incensar" el aire denso por tanta vejiga mular desocupada. Desde la calleja de las Clarisas hasta la carretera de Cuéllar era un jolgorio de intereses cruzados. Sólo una vez el ambiente mercantil se rompió al recibir un niño una patada de un caballo en plena cabeza.

Acabadas las ferias todo volvía a ser monótono. Bajar por agua hasta el río; lavar la ropa a la "bajada de las monjas", en invierno, y de rodillas, romper la costra de hielo del agua a base de cantazos. Jabón Lagarto para prendas suaves por su bálago; jabón Muro para prendas sucias y jabón casero con aceite y sosa para ahorrar más si cabe.

La hora se sabía no sólo por el reloj de la villa y las campanas de las monjas; la sombra que el sol proyectaba en cada objeto, dependiendo de la estación, era un método infalible para calibrar el horario. Un sereno nocturno paseaba por las calles de Peñafiel, llegando al Mercado gritando no sólo la hora, también el tiempo. ¡Son las tres y cuarto. Graniza! Pocos despertadores en las cómodas y muchos gallos en los corrales anunciaban una nueva jornada de trabajo.



El primer columpio del barrio (archivo personal de la autora)

La escolaridad no era completa. El Mercado carecía de escuela y había que acercarse a la escuela de la Judería, y nunca mejor dicho, porque ese edificio lo más probable es que fuera la sinagoga confiscada a la aljama. Asistían más los chicos que las chicas, y más de un maestro celoso de su función increpaba a las madres cuando veía a las niñas ejercer de rolla de hermanos pequeños. No hay más cera que la que arde, argumentaba la madre ofendida. Muchas niñas sin escuela acudían a una academia abierta en la Leona regentada por D. Ático, maestro nacido en Curiel. Por tres pesetas al mes enseñaba las cuatro reglas y a escribir a niñas. Hombre culto y vara en mano ejerció la violencia contra su mujer a la que sacaba en camión al balcón, noches de invierno. Unos vecinos denunciaron el hecho.

Muchas generaciones del barrio vivieron usando la muletilla "tener que cruzar el puente". Ni tan siquiera se especificaba diciendo "el de la Leona". Los otros puentes, Valdovar o Duero, eran puentes de "paseo". Cruzar el puente daba pereza. Si calor, daba pereza atravesarlo por no encontrar tejadillo para burlar el sol agosteo; si frío, daba escalofrío sólo pensar en soportar el cierzo gélido que se multiplicaba en esos metros. Pero no había otro remedio. Verduras y hortalizas se exponían en las puertas de las vecinas y sólo al reclamo de ¡chica! salía la vendedora secándose las manos y agarraba la romana para pesar un kilo "corrido" de pepinos del terreno. En cambio, los productos de ultramarinos había que agenciarlos en la tienda más cercana que era la de Nicolás Matos Martín, a la izquierda de la subida a la plaza. Una década más tarde vendería el "gordo" de Navidad. La carnicería más cercana era la de la señora Petra, la "Derechina", justo debajo del pilar de la Leona; el pescado donde Nicanora.

Nota de la Redacción: El artículo "Semblanzas del barrio Mercado Viejo" tendrá su continuación en los boletines de enero y abril de 2017

